



“II. La más primitiva base étnica de la península (paleolítico y mesolítico)”

p. 25-60

Pedro Bosch-Gimpera

El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España

Segunda edición conmemorativa

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1995

430 p. + [XLVI]

Figuras

ISBN 968-36-4439-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/001/poblamiento_formacion.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPITULO II

LA MAS PRIMITIVA BASE ETNICA DE LA PENINSULA (PALEOLITICO Y MESOLITICO)¹

1. *Ambiente climático y geográfico*

El ambiente climático y geográfico en que se desarrolla el paleolítico español ha sido estudiado principalmente por H. Obermaier y, aunque sus variaciones a través de la sucesión de períodos glaciales e interglaciales europeos todavía no nos son demasiado conocidas, pueden señalarse algunos puntos interesantes.

Focos glaciares, menos intensos que los del norte de Europa y de los Alpes, se reconocen, en la Península, en los picos de Europa, picos de Cornión, montañas galaico-leonesas, Sierra de Estrella, Sierra de Béjar, Sierra de Gredos, Sierra de Guadarrama, Montes Ibéricos en su mitad septentrional y en Sierra Nevada. En el centro de España, en la provincia de Ciudad Real, así como en el nordeste (Olot, en la provincia de Gerona), existían focos volcánicos activos, en el último con erupciones todavía en el período epiglaciar.

Generalmente se cree que el estrecho de Gibraltar se abrió durante el terciario y que las Baleares formaban ya entonces

una región aislada y de fauna independiente (Obermaier); pero, según los estudios más recientes sintetizados por O. Jessen, queda precisado que la apertura ocurrió durante el plaisancienense o sea en el plioceno inferior y que durante el plioceno superior y el cuaternario antiguo hubo una nueva emersión de tierras, quedando a mayor altura que en la actualidad y siendo probable que España y Africa se uniesen entonces de nuevo por un puente, hasta una nueva submersión producida en el cuaternario medio. Según esto, el paso de Africa a Europa y viceversa sería posible, por tierra, desde fines del terciario y a principio del cuaternario, durante el primer período glacial de Günz y el subsiguiente interglacial, quedando interrumpida la comunicación por tierra a partir del segundo glacial (Mindel), y luego avanzando y retrocediendo la línea de la costa en distintas oscilaciones hasta alcanzar la actual, lo que debió suceder hacia el mesolítico.²

La flora nórdica debía dominar sobre todo en la *zona norte de España*, en donde el clima debía ser semejante, en los períodos glaciares, al del sur de Francia. En la *meseta* interior dominaba un clima como el que hoy tiene Polonia. En las bajas llanuras y zonas costeras no sabemos cuál fuese entonces el clima; pero en la *zona mediterránea*, región entonces del bosque, sobre todo en la etapa final del cuaternario, debió reinar un clima mucho más templado, aunque no tanto como en la actualidad.

Con el clima frío del paleolítico superior, en el norte de España, vivió también la *fauna nórdica*: el reno se extendió por la zona costera cantábrica y por Cataluña, así como con las corrientes marinas frías llegó la foca groenlandesa al golfo de Vizcaya. Del centro de España, anteriormente, se conocen restos de elefante antiguo. En los interglaciares, España tuvo la fauna correspondiente a esos períodos, extendiéndose por ella el rinoceronte. El final del paleolítico inferior tiene todavía en

España, como en Italia, la *fauna cálida* del último período interglaciario, que persiste en la zona mediterránea.

El arte rupestre ha conservado representaciones que completan los hallazgos fósiles en el norte de España, de la fauna nórdica del paleolítico superior: reno, mamut, oso de las cavernas, bisonte, etc. El este y sur de España hasta ahora no ha proporcionado, en las representaciones artísticas, más que especies indiferentes al clima y apropiadas para la caza, como ciervos, cabras montesas, jabalíes, toros, caballos salvajes y, además, alces, gamos, asnos salvajes (hemión), cánidos, aves, peces y aun arañas, moscas y abejas.

2. El paleolítico inferior

Después de la etapa eolítica terciaria de Otta en el valle del Tajo en Portugal, la primera población conocida por la Península en el paleolítico inferior, no representa la cultura más primitiva que sea dable imaginar o que se haya conocido en Europa occidental en las etapas prechelenses. Los primeros rastros de población humana española de la época *chelense* o *abbevilense* pertenecen a recolectores y cazadores inferiores, como lo denota el campamento de cazadores de elefantes (*elephas antiquus*) de Torralba (provincia de Soria) cerca del Jalón, que revela una cultura de hachas de mano del tipo del norte de África y de la Europa occidental. Otro yacimiento importante de la misma cultura es el de las terrazas del Manzanares junto a Madrid (San Isidro), que parecen comenzar a estar habitadas en el primer período interglaciario con chelense y clactoniense antiguos, y rastros de aquella cultura chelense se encuentran también en el sur, en los alrededores de Algeciras y de la laguna de la Janda (provincia de Cádiz), lo mismo que en el Alemtejo (Portalegre y Arronches), en las zonas costeras portuguesas (alrededores de Lisboa, aluviones de Mealhada al norte de Coim-

bra, etc.) Con el abbeviliense se halla asociada, en el Manzanares, la industria de lascas, característica de la cultura *clactoniense* de Inglaterra y Francia. Posiblemente todo ello representa la coincidencia en España de varios tipos de población, unos de origen africano análogos a los que desarrollaron el cheleo-achelense de Marruecos y Argelia y otros que, durante el segundo período glaciario, huían del clima más frío del norte de Francia. Estos últimos debían ser bandas de cazadores que se hallaban ya en posesión de la asociación del abbeviliense y del clactoniense. La presencia del *elephas antiquus* en Torralba se ha explicado imaginando que este animal emigró a la zona fría de la meseta huyendo del calor que se acentuaba en las regiones de la costa mediterránea durante el primer interglaciario. La ausencia absoluta, hasta ahora, de hallazgos abbevilienses en el este de España y su aparición, en cambio, en el sudeste y en el occidente de la Península, hace pensar que la corriente africana debió llegar por el estrecho de Gibraltar cerrado durante el abbeviliense (primer interglaciario) y extenderse hacia el norte, tomando los caminos del Guadiana y del Tajo, a lo que corresponderían los hallazgos portugueses: éste sería también el camino del replegamiento de los elefantes.

Es difícil todavía aclarar el problema de los orígenes de las culturas paleolíticas más antiguas. Si, como parece actualmente, es probable que en sus principios se diferenciases grandes áreas de cultura, lo que dió por resultado el desarrollo de la de lascas en la parte más septentrional habitada del Viejo Continente, desde Inglaterra y Alemania hasta el Asia central, de la que en Europa occidental es expresión el clactoniense y sus derivados, y de la de nódulos en sus distintas variedades de hachas de mano en sílex, cuarcita o en simples cantos rodados (“pebble”), que se difunde por occidente y sur de Europa, norte y este de África y el Asia anterior, desde donde avanza hacia el este por el sur del Viejo Continente, parecería que el

foco originario de la cultura de los nódulos y por lo tanto de las hachas de mano habría que buscarlo en una amplia zona del norte de África. Por el estrecho de Gibraltar, todavía no abierto, llegaría al sudoeste de la península, a su centro y quién sabe si a la misma Francia, en donde el *acheviliense* sería un desarrollo local que muy pronto estuvo en contacto con la cultura de lascas del *clactoniense*, desarrollándose en forma autónoma y repercutiendo hacia atrás hasta la Península ibérica. La cultura de las lascas acaso se forma en la propia Europa, teniendo sus raíces en los *eolitos* de fines del terciario y en su evolución que iría a parar al *clactoniense*.

En el segundo período interglaciar³ se desarrolla el *achelese antiguo* en el Manzanares, que es donde puede seguirse la evolución del paleolítico inferior con gran cantidad de materiales relacionados con las alteraciones de las terrazas del río, y cuyo estudio debemos, sobre todo, a Pérez de Barradas, P. Wernert y Obermaier. La cultura *achelese*, sigue asociada a tradiciones *clactonienses* (*Clacton II*), las cuales persisten hasta más tarde.

Del tercer período glacial no hay depósitos seguros en Madrid; pero aparecen con una gran complejidad de fenómenos en el tercer interglaciar, en el cual, a través de las alternativas de clima húmedo y seco, aparece el *achelese medio, superior y final*, asociado con la persistencia de la técnica *clactoniense*, a la vez que con sus derivaciones francesas, la *tayaciense* y la *levalloisiense* y, en el final, ya en el cuarto período glacial, con *influencias musterienses*, del *musteriense* de fauna cálida, así como con las *primeras infiltraciones* de la cultura africana de las puntas tenuifoliadas *esbaikienses*, todavía de tipo primitivo. En Madrid, según los últimos trabajos de Pérez de Barradas, no existe el verdadero *musteriense*, sino tan sólo una industria *musteroide*.

El *achelese* se extiende en forma más o menos típica, lo mismo que el *chelense*, sobre todo por el centro de España, por

la provincia de Cádiz, por Extremadura y Portugal y, en el norte, por Asturias y Santander, acaso también esporádicamente por Cataluña (costa).

El *musteriense* propiamente dicho penetró en la zona cantábrica, en donde tiene una representación típica en la cueva del Castillo (puente Viesgo) y en la cueva Morín, así como en otros lugares de la provincia de Santander y en Asturias. En Cataluña aparece un *musteriense* pobre en los abrigos de Capellades (provincia de Barcelona), así como en otros lugares de la costa oriental de España, siendo muy típico en la Cova Negra de Játiba y en la provincia de Almería (cueva de la Zájara: Zájara I, en Cuevas). En el sur, en la cueva de Devil's Tower de Gibraltar y en otros lugares de las provincias de Málaga, Granada, Jaén, Sevilla y Cádiz, así como en Extremadura y Portugal, llegando hasta la parte meridional de Galicia (provincia de Pontevedra).

En el *musteriense* aparecen los primeros *fósiles humanos*, conocidos en España: la mandíbula de las tobas de las márgenes del lago de Bañolas (provincia de Gerona) y los cráneos de Gibraltar, el conocido desde antiguo de Forbes Quarry y el descubierto más modernamente en la cueva de Devil's Tower, todos ellos neandertaloides.

3. *Paleolítico superior*

a) *El "matritense" y las infiltraciones africanas esbaikioterienses.*—En el paleolítico superior asistimos, ante todo, a la persistencia de la población y de las industrias de fines del inferior en el Manzanares, según Pérez de Barradas, quien hoy considera en esta forma buena parte de las culturas que antes creía pertenecientes al *musteriense* y que, ahora, cree poder fechar más tardíamente. Caen dentro de esta nueva etapa buena parte de las infiltraciones africanas esbaikienses y *aterienses* y la

que antes denominaba “musteriense ibero-mauritano” o “pre-capsiense” y que, hoy, por creer que representa un tipo de cultura autónoma de hojas y lascas de tradición achelense, musteriense y levalloisiense, que ni es musteriense ni tiene conexión con el ibero-mauretaniense de África, prefiere calificar de “matritense” para evitar confusiones.⁴

En el “*matritense*” se mezclan industrias de diversos tipos durante las etapas que representan la cuarta glaciación: una inicial, el “pre-matritense”, con los precedentes de la industria matritense (acaso equivalente a la etapa final del musteriense francés del “Abri Audi”) y tres *etapas climáticas* subsiguientes: una húmeda (equivalente acaso al retroceso del frío en Europa durante el auriñaciense inferior y medio con el protosolutrense), otra fría y seca (coetánea de la estabilización del frío en el apogeo del solutrense) y la última húmeda (contemporánea del nuevo retroceso del magdalenense). En las dos etapas climáticas intermedias se coloca la evolución del matritense propiamente dicho: I, equivalente al auriñaciense inferior; II, coetánea del auriñaciense medio y protosolutrense; III, contemporánea del auriñaciense superior y solutrense desarrollado.

Con la industria matritense se encuentran las siguientes asociaciones. Con el *matritense I*, las *puntas tenuifoliadas esbaikienses* puras, *influencias aterienses* en raspadores pedunculados de doble muesca y *tipos auriñacienses* (hojas de dorso rebajado y raspadores aquillados). Con el *matritense II*, una *infiltración ateriense* (pedicelo destacado por dos muescas), raspadores aquillados *auriñacienses* medios y una *influencia solutrense* primitiva (hojas de sauce y retoque solutrense). Con el *matritense III*, *puntas tenuifoliadas* de tipo fino, especialmente de laurel y de sauce, con retoque que corresponde más a la *influencia solutrense* que a la esbaikiense, que ha podido arraigar fuertemente en un ambiente afín como el que representa el es-

baikiense; las influencias auriñaciense y ateriense han desaparecido, lo mismo que el fondo levalloisio-musteriense. Hay que advertir que en el matritense faltan las puntas pedunculadas típicas del ateriense africano.

Parece, por lo tanto, que, a principios del paleolítico superior, llegó hasta el centro de España una infiltración de cultura africana, relacionada sobre todo con la cultura de Marruecos y del Sahara, que se coloca sobre la base indígena y que es modificada por influencias europeas auriñacienses y solutrenses.

A fines del paleolítico superior, con la desaparición de los influjos aterienses, esbaikienses y solutrenses, coincide la persistencia de la tradición indígena en una *etapa final* que cabe atribuir al *magdalenense*, que parece representar una supervivencia confusa y decadente, con posibles influencias magdalenenses, propiamente dichas.

b) *El auriñaciense y el solutrense.*—El origen de las influencias auriñacienses y solutrenses en Madrid está relacionado con el *origen* de estas dos culturas en general.⁵ Generalmente se las supone llegadas a España desde Europa. Hay quien las cree ambas africanas (Reygasse), aunque, en cuanto al solutrense, esta teoría acaso no parezca del todo plausible y deba aceptarse, con Pérez de Barradas, que el solutrense es independiente del esbaikiense y que la analogía inicial de las formas facilitó el arraigo del solutrense en Madrid y su alianza con el esbaikiense, como se ha dicho.

El auriñaciense con sus tres etapas estratigráficas comprobadas en Francia: la cultura de Chatelperron con sus hojas típicas (auriñaciense inferior), auriñaciense medio y auriñaciense superior o cultura de La Gravette (con las puntas de la Font Robert en su etapa última francesa) representan un fenómeno sumamente complejo que Miss D. Garrod ha estudiado en su

conjunto, llegando a importantes conclusiones que parecen estar de acuerdo con las de Breuil.

De un centro desconocido en el Próximo Oriente y todavía a fines del paleolítico inferior salen influencias que introducen, como elemento forastero en las capas del achelense final de Palestina y del este de Africa (Kenya), hojas con tendencia a las formas de Chatelperron. En el principio del paleolítico superior, en el este de Europa y en Siberia, hay un complejo algo confuso de formas musterienses supervivientes y auriñacienses poco típicas. En el norte de Africa, sobre una base arcaica de formas levalloisio-musterienses se desarrolla el llamado aterriense, hoy perteneciente sin duda alguna al paleolítico superior, con sus puntas pedunculadas, cultura que parece centrarse en la margen norte del Sahara y en toda Africa Menor, pero que llega a Egipto en forma menos típica. Entre estas culturas marginales, a las que hay que añadir la continuación del acheleo-levalloisiense —que desde Kenya sigue hacia el sur de Africa evolucionando hacia la llamada cultura de Stillbay— comienza a propagarse desde el centro de formación en el Próximo Oriente, acaso desde el Irán, el auriñaciense.

Mientras en Palestina los tipos de Chatelperron —ya existentes allí intrusivamente en el paleolítico inferior— aparecen muy evolucionados y, acaso a través de Arabia, penetran en Kenya (auriñaciense inferior de Kenya), un movimiento paralelo lleva la cultura de Chatelperron al occidente de Francia, por caminos todavía mal conocidos, aunque probablemente a través de Europa, dejando un tenue rastro en Polonia.

En el período siguiente (auriñaciense medio) se desarrolla la cultura auriñaciense propiamente dicha en su centro de dispersión del Próximo Oriente, con raíces en el Irán o acaso más al este, conociéndose estaciones en Anatolia y Palestina, siendo muy abundante en la última región, desde donde no parece haber pasado. En cambio se extendió hacia Europa, en-

contrándose en Transcaucasia y en Crimea, así como en Rumania, Hungría y la Baja Austria y pasando al Occidente de Europa, en donde, además de por Francia e Inglaterra, se infiltra en la zona cantábrica (estaciones de la provincia de Santander) y probablemente también por la zona levantina, en donde aparece en el nivel inferior de la Cueva del Parpalló (Gandía, provincia de Valencia).

El nuevo período (auriñaciense superior) ve una persistencia marginal de la cultura del auriñaciense medio en Crimea y en Palestina; pero entonces se ha desarrollado un gran centro activo de evolución en Ucrania y el sur de Rusia, produciéndose los tipos llamados de La Gravette, con los que se propagan las estatuillas, como las conocidas desde antiguo en Willendorf y otras localidades europeas, arraigando en Moravia y la Baja Austria y pasando al occidente de Europa (Inglaterra, Francia, Italia y España). En España tiene un foco en las provincias de Santander y de Burgos y otro en Levante en la Cueva del Parpalló. El centro gravettiense de Ucrania y Rusia parece haber repercutido también hacia el sur en el Kurdistán; así como esta cultura continúa en forma decadente, cuando ya en Europa occidental se había formado el magdalenense, tanto en el sur de Rusia, como en Italia (la llamada por algunos cultura “grimaldiense”).

Así los diferentes períodos del auriñaciense (de los que llegan con seguridad a España sólo los dos últimos) representan sucesivas repercusiones del centro originario, relacionadas con posibles movimientos de pueblos. Otra explicación que no es aceptada por Miss Garrod y por Breuil es la de Peyrony, que cree el auriñaciense superior (gravettiense) una evolución del inferior, mientras que el medio representaría para él una intrusión de un nuevo elemento de cultura, que para algunos, como Menghin, procede de un gran círculo de cultura que usa preferentemente el hueso, cuyos orígenes buscan en Siberia y que

habría repercutido ya en el centro de Europa en diversos momentos.

El momento final del auriñaciense superior en Francia ve la aparición de los tipos pedunculados (puntas de la Font Robert). Acaso la producción de este tipo tiene alguna relación con influencias españolas que introdujeron formas originadas en el ateriense africano, el cual había hecho sentir su influjo ya en el matritense II (contemporáneo con el auriñaciense medio) y que contribuyó sin duda a la producción de las puntas pedunculadas con aletas del Parpalló en el nivel con gravettiense y solutrense desarrollado. En Levante, el solutrense tiene un foco importante en Cataluña (Cau de les Gojes de San Julián de Ramis, cerca de Gerona) y otro en el Parpalló, en la provincia de Valencia. En esta última aparece asociado con el auriñaciense medio y con el superior (gravettiense) en los respectivos niveles, en el último con tipos pedunculados relacionados con los aterienses africanos. El foco solutrense de la zona cantábrica está representado sobre todo por la Cueva del Cueto de la Mina (Asturias), en donde se hizo sentir igualmente la influencia de los tipos pedunculados.

Después del auriñaciense superior en el occidente de Francia y en la zona cantábrica, se intercala antes del magdalenense en algunos lugares el solutrense. Hoy se atribuye al solutrense el carácter de una cultura local formada en Hungría y Polonia y regiones vecinas, en donde una primera fase, el llamado protosolutrense, influye en occidente en tiempo del auriñaciense medio, siguiendo la etapa de apogeo del solutrense (que en general es contemporáneo del auriñaciense superior o gravetiense). En realidad el solutrense, que falta en muchos lugares de Europa, no llena un verdadero período, y sólo en el oeste de Francia y en la zona cantábrica, a donde llega a fines del auriñaciense superior, constituye a veces un nivel posterior a aquél. En otros lugares aparece aislado. Ya hemos visto que en Madrid hace

sentir su influencia en el segundo período (que equivaldría al auriñaciense medio y al protosolutrense), y en el tercero (que sustituye al auriñaciense superior), en el que aparece el solutrense desarrollado.

En Levante, el solutrense tiene un foco importante en Cataluña (Cau de les Gojes de San Julián de Ramis, cerca de Gerona) y otro en el Parpalló, en la provincia de Valencia. En esta última aparece asociado con el auriñaciense medio y con el superior (gravettiense) en los respectivos niveles, en el último con tipos pedunculados relacionados con los aterienses africanos. El foco solutrense de la zona cantábrica está representado sobre todo por la Cueva del Cueto de la Mina (Asturias), en donde se hizo sentir igualmente la influencia de los tipos pedunculados.

El Levante español es una zona confusa en la que se cruzan diversas corrientes sobre una base local poco caracterizada en la que se desarrollan industrias de hojas atípicas, con núcleos en el sur de Cataluña y en la provincia de Castellón y que debieron ocupar todo el paleolítico superior. Sobre esta base penetran influjos auriñacienses superiores representados por tipos parecidos a las puntas de La Gravette (que faltan en el centro de España): taller de San Gregori (Falset, provincia de Tarragona), y, en el sureste, las cuevas de la segunda Zájara y de Ambrosio, ambas de la provincia de Almería, y Covalta (Buñol, provincia de Valencia). A la vez en el sureste se observa una infiltración ateriense (cueva del Serón, en Antas, provincia de Almería, y cueva del Parpalló, en Gandía, provincia de Valencia), la cual llegó a influir en el solutrense del Cau de les Gojes (San Julián de Ramis, provincia de Gerona) y aun repercutió en ciertos tipos del solutrense francés (sur de Francia). Finalmente a estas influencias se mezcla el solutrense, representado por tipos mezclados con el resto de la cul-

tura en el sureste en las cuevas del Serón (Antas), de los Murciélagos (Lubrín), de la provincia de Almería; en las de los Tollos y de la Bermeja (Mazarrón, provincia de Murcia), así como en Benidoleig (Alicante) y en la cueva del Parpalló (Gandía, Valencia).

Típica de estas asociaciones culturales es la cueva del Parpalló, explorada por L. Pericot, importante también por los documentos de arte mobiliario con pinturas y grabados relacionados con el rupestre, de que hablaremos más adelante. En ella se encontró una estratigrafía que contenía en la capa más antigua un protosolutrense aliado al auriñaciense medio, luego una importante capa con puntas de La Gravette y un solutrense muy desarrollado, conteniendo puntas pedunculadas y de aletas que parecen tener relación también con las influencias africanas aterienses de la cultura matritense y del ateriense africano.

c) *El capsienense y el magdalenense.*—A fines del paleolítico superior, la cultura *capsienense* llega procedente de África y se extiende por el sur y sureste de España.⁶ Aparece en forma típica especialmente en la cueva del Hoyo de la Mina (Málaga); pero, según Obermaier, se extiende también por las provincias de Granada (Iznalloz), Almería (cueva Humosa, Serón) y Murcia (Las Pernerías, Palomas, Palomarico) e hizo sentir su influjo hasta más arriba: en el magdalenense antiguo del Parpalló, posiblemente en toda la costa levantina, llegando en un momento avanzado hasta la provincia de Guadalajara (Alcolea del Pinar y Aguilar de Anguita). Obermaier admite también influencias en la cultura franco-cantábrica, incluso en su zona francesa.

El *magdalenense* se extendió, desde Francia, en donde parece un desarrollo indígena local, tanto por la zona vasco-cantábrica-asturiana, llegando al norte de Burgos, arraigando en esta zona fuertemente, como por los pasos orientales del Piri-

neo, por Cataluña (“Bora gran d’en Carreres”, en Serriñá). Influye en el taller de San Gregori (Marsá, provincia de Tarragona), y en el este de España arraigó en las últimas capas de la cueva del Parpalló, llegando hasta la provincia de Almería (cueva de los Murciélagos, de Lubrín). Su influencia se hace sentir hasta en Madrid, en donde, después del matritense, sus influencias cierran el paleolítico superior.

La última etapa del paleolítico superior —que llena en Francia y en la zona cantábrica española el magdalenense, producido sin duda por evolución indígena en el occidente de Europa— convierte a este territorio en un hogar de cultura activo, mientras que en otros lugares se asistía a persistencias marginales de las culturas anteriores: ya hemos citado las persistencias de evoluciones gravettienses en Italia (grimaldiense) o en Ucrania y Rusia. A ellas hay que añadir el creswelliense de Inglaterra, que también continúa el gravettiense. En Crimea, lo mismo que en Palestina —que no parecen haber conocido el gravettiense— se había establecido el auriñaciense medio, el cual persiste hasta fines del paleolítico superior (Atliliense).

En África parece desarrollarse, aparte, una gran actividad creadora de tipos culturales. Toda su parte norte —llegando desde las costas occidentales de Marruecos a Túnez, por la costa, y de los territorios del sur tunecino hasta Egipto y aun con una prolongación en Kenya— parece ocupada por culturas emparentadas que forman lo que podríamos llamar el complejo capsense, del que hemos visto proyectarse una extensión en España. Son estas culturas la oraniense de la costa de África, la capsense propiamente dicha de los territorios meridionales tunecinos —en donde se halla Gafsa, la estación tipo—, el sebiliense egipcio y el llamado “auriñaciense superior de Kenya”. El sebiliense del Valle del Nilo, uno de los grupos más florecientes, parece tener sus raíces en la cultura anterior levalloisio-

musteriense con influencias aterienses, transformada por el chatelperroniense — acaso desde la cultura más o menos vecina del “auriñaciense inferior de Kenya”, a donde habían llegado, como se ha visto, tipos chatelperronienses desde el centro originario asiático a través de Arabia, como cree Miss Garrod.

No conocemos la suerte del antiguo ateriense que ha desaparecido de las regiones costeras de Africa Menor; pero que pudo muy bien perdurar en el Sahara occidental y enlazarse a través del mesolítico con los tipos pedunculados del sahariense neolítico.

El capsense, que también tendrá una larga historia —perdurando en el mesolítico (capsense superior) hasta el neolítico de tradición capsense, en su etapa de la última división cronológica del paleolítico (capsense inferior)— desarrolla ya la tendencia a los tipos microlíticos del micro-buril y de los microlíticos geométricos. Las localidades oranienses de Afalu-Bu-Rhummel (departamento de Constantina), para Vaufrey, al que se deben grandes precisiones en el estudio del capsense, pertenecen al “superior” o mesolítico; para Miss Garrod son en parte todavía del capsense inferior, o sea verdaderamente paleolíticas: geográficamente tienen gran importancia para señalar el posible camino hacia la extensión capsense española.

d) *El occidente de la península.*—El occidente de la península es mal conocido en el paleolítico superior, a excepción de la *región de Lisboa*, en donde hay restos muy poco típicos en los que se ha creído ver repercusiones del auriñaciense (Casal do Monte) y luego del magdalenense (Cova da Moura, en Cesareda). En la costa del *norte de Portugal*, se ha supuesto que el paleolítico inferior del tipo de las hachas de mano persiste y se enlaza sin interrupción con la cultura mesolítica “asturiense”, lo que explicaría ciertas semejanzas entre ambas industrias.

4. *El arte del paleolítico superior y sus problemas*

El doble juego de las influencias francesa y africana parece reflejarse también en el arte del paleolítico superior. Ha podido hablarse, con razón, de la *provincia franco-cantábrica*, con el *arte mobiliar* y el *arte rupestre naturalista*, que tiene su apogeo en los frescos policromos de Altamira, pues la evolución de la cultura es de un paralelismo absoluto y parece corresponder a la identidad de la industria en la zona cantábrica y en el mediodía de Francia hasta la Dordoña y zonas vecinas.⁷

El arte “nórdico” parece haber llegado hasta muy lejos en España, pues, desbordando la cordillera cantábrica, aparece ante todo en el norte de la provincia de Burgos (cuevas Barcina en Oña y de Atapuerca en Burgos), se halla luego en el oeste de la provincia de Guadalajara (cuevas de La Hoz y de Los Casares en Santa María del Espino, cerca de Saelices) y llega al sureste y sur de España. En el sureste podrían considerarse de tipo franco-cantábrico las fases más antiguas de la cueva de Minateda y algunas representaciones relacionadas de Alpera, con animales grandes muy parecidos a los franco-cantábricos y distintos de los posteriores del arte “expresionista” levantino. En el sur han sido considerados por todos como de tipo “nórdico” los grabados de la cueva de La Pileta (Benaoján), y los de las cuevas de La Cala y de Doña Trinidad, en Ardales, todos en la provincia de Málaga.

Por el este de España, probablemente desde el sureste de Francia, se extendió el arte mobiliar “franco-cantábrico” por Cataluña en el magdalenense de (cueva “Bora gran d’en Carres”, Serriñá y Balma de S. Gregori en Falset), así como llegó a los niveles solutrenses y magdalenenses de la cueva del Parpalló (Gandía, Valencia).

Generalmente se ha creído el *arte “expresionista” del Levante y sur de España* de origen africano. Se propaga por los

macizos montañosos desde el sur de la provincia de Cádiz, por Sierra Morena (provincia de Jaén), por la provincia de Almería, por el sureste de España y, mientras llega hasta la serranía de Cuenca y la sierra de Albarracín por un lado, por otro sigue la vertiente oriental de la cordillera de la costa, por las provincias de Valencia (cueva de la Araña de Bicorp) y Castellón (barranco de la Valltorta, Morella, Cueva Remigia), hasta el sur de Cataluña (Perelló, Vandellós, Tivisa), iniciando un avance hacia el interior por el bajo Aragón (Cretas, Mazaleón, Alcañiz) y Ebro arriba (Benifallet), hasta llegar a las sierras al sur de Lérida (Cogul).

Tanto el arte franco-cantábrico como el de Levante pueden seguirse a través de distintas *fases*, que representan otros tantos períodos de su evolución. Ambos grupos parecen principiar en el auriñaciense (¿medio?). En el grupo naturalista del sur de España, representado sobre todo por la cueva de La Pileta, la evolución parece iniciarse, sin embargo, en el auriñaciense antiguo. En el arte cantábrico parecen faltar las manifestaciones artísticas en el solutrense; pero, en cambio, en Levante esta laguna queda llena con las placas grabadas y pintadas del Parpalló, que en el nivel solutrense ha proporcionado las obras de mayor vida. El magdaleniense ve el desarrollo de la policromía, que en Levante no pasa de ensayos (Minateda, Cogul) y que en el norte alcanza su máximo desarrollo (Altamira).

La extensión de tipos naturalistas por el sur y aun por el centro de España (Guadalajara), las relaciones mutuas de ambos grupos de arte paleolítico, así como los hallazgos del Parpalló plantean nuevamente el problema del *origen* de las culturas paleolíticas españolas y de su arte. A ello contribuyen también los hallazgos africanos y otros que pueden relacionarse con los españoles. Cabría pensar que el arte “expresionista”, tanto el levantino español como el africano, se hubiere desarrollado des-

pués de los impulsos recibidos en la propagación del arte naturalista franco-cantábrico hasta el sureste y sur de España.

En el norte del Sahara hay un grupo de arte rupestre de tipo naturalista cuya fecha paleolítica ya admite Obermaier.⁸ En la cueva Romanelli, en Lecce (Terra d'Otranto, Apulia), en un auriñaciense tardío (epiauriñaciense-grimaldiano), hay grabados de decoraciones geométricas como las que también aparecen en el grupo del sur de España y en el grupo todavía auriñaciense cantábrico. Semejantes grabados se hallan en una placa de piedra del capsense de El Mekta (Gafsa, Túnez). Un huevo de avestruz del capsense del Oued Mengoub (Tougourt, al sur de Biskra, en Argelia), tiene pintado en rojo un animal comparable a los de las placas solutrenses del Parpalló. Por otra parte, cada vez es más fácil encontrar paralelos entre el arte expresionista español y el que se extiende por las grandes zonas de Africa, llegando más tardíamente hasta el territorio de los bosquimanos actuales.

5. *El resultado final*

Con todas sus lagunas y complicaciones, que sin duda impiden hacer afirmaciones demasiado categóricas y que hacen más complejo el esquema admitido durante mucho tiempo, o sea la extinción de las poblaciones del paleolítico inferior y el contraste entre los dos pueblos y culturas del superior (franco-cantábrico y capsense), se precisan poco a poco las líneas de la evolución del poblamiento y de la etnología peninsular durante la última parte del paleolítico.

Sin duda la *población del paleolítico inferior* hubo de subsistir, por lo menos en parte, y es un elemento no negligible para la composición étnica de España. *Infiltraciones africanas*, comenzadas a fines del paleolítico inferior y continuadas en las primeras etapas del superior, llevaron elementos saharienses, con

el esbaikiense y el ateriense, a matizar las gentes de la meseta central y acaso del sur y sureste de España. No conocemos todavía el desarrollo del auriñaciense inferior, penetrando luego desde Francia la influencia del medio y del superior (grave-tiense).

La cultura auriñaciense parece debida a una inmigración europea que tuvo por punto de partida el occidente y el sur de Francia, penetrando en la Península por los dos extremos del Pirineo. Arraigando fuertemente en toda la zona cantábrica, desde ella, sus grupos extremos debieron emprender correrías hacia el sur, siguiendo paralelos a las estribaciones del sistema ibérico y, acaso por el camino de la Mancha, se infiltraron en el sureste, camino que fragmentariamente indican las pinturas de la provincia de Guadalajara y los estilos más antiguos de Mina-teda — si estos últimos pertenecen realmente al arte franco-cantábrico. Es incierto el camino de la infiltración hasta la provincia de Málaga (grupo de la Pileta, etc.), que se halla en la vertiente de la cordillera costera, lo que acaso haga pensar en el camino litoral. A estas expediciones cabría atribuir la influencia auriñaciense en el “matritense”, cuyas estaciones no están demasiado distantes de las cuevas pintadas de Saelices en la provincia de Guadalajara.

Desde el sur de Francia, otra infiltración de bandas pertenecientes a la cultura europea, por los pasos del este del Pirineo, pudo seguir el camino de la costa de Levante hasta instalarse en la cueva del Parpalló (Gandía), deteniéndose ante la barrera montañosa que separa las provincias de Valencia y de Alicante.

Los elementos europeos debieron mezclarse pronto, en estas extensiones hacia el sur, con los procedentes de la corriente africana que llevan hasta Madrid el ateriense, sin que sepamos todavía la zona máxima que pudo ocupar el ateriense, pero en sus bordes debían producirse contactos que infiltraron la

influencia ateriense, la cual introdujo los tipos pedunculados que arraigaron fuertemente en el solutrense del Parpalló y que desde allí irradiaron hasta Cataluña y el sur de Francia y aun hasta la zona cantábrica.

En las mezclas de pueblos del paleolítico superior y en sus correrías, se afirma la transformación general de la cultura europea, que pasa a la etapa de cazadores superiores del tipo que la escuela histórico-cultural considera como exogámica-patriarcal o totemista, pareciendo desarrollarse a fines del paleolítico superior la exogámico-matriarcal o de dos clases con el culto del cráneo (Pericot).

Desde Francia, posiblemente, oleadas sucesivas de pueblos reforzaron la identidad franco-cantábrica y llevaron, acaso, primero el *solutrense* y, luego, el *magdalenense* al este de España. Estos últimos movimientos debieron coincidir con el de los pueblos *capsiensens*, destacados de sus núcleos del norte de África y que se infiltraron por el sur y sureste de la Península, siguiendo acaso hasta más al norte y cruzándose con los elementos auriñacienses y solutreo-magdalenenses de aquellas regiones. Hay que seguir creyendo que el apogeo del arte expresionista levantino puede estar en conexión con la última oleada africana, capsienense, en las fases que se hallan emparentadas íntimamente con las pinturas semejantes de África. Es precisamente a fines del paleolítico cuando se afirman las diferencias entre ambos estilos en España y cuando se desarrollan ampliamente las composiciones con escenas de cacerías, de guerra, de danza ritual y otras, y cuando es frecuente la representación humana con sus tendencias a la estilización y a acentuar la expresión del movimiento en el arte levantino, coincidiendo con la llegada de las infiltraciones capsienenses.

Una vez adoptado el arte por los pueblos capsienenses españoles, en su zona de contacto con las infiltraciones de la cultura europea, en donde debió producirse una población muy mez-

clada (sur y sureste de España, Levante hasta el sur de Cataluña), el nuevo elemento cultural debió pasar a los pueblos capsioses africanos y arraigar entre ellos fuertemente hasta producir la larga evolución que, arrancando, todavía a fines del paleolítico, de los territorios meridionales tunecinos, el Hoggar y el Fezzán, se extendió poco a poco por el borde marginal de la zona del complejo capsiose hacia el Sudán y el África Oriental (Kenya), propagándose con las culturas mesolíticas de tradición capsiose (Wilton) hacia el sur, en donde arraigó de nuevo y persistió largo tiempo en el arte llamado “de los bosquimanos”⁹

A fines del paleolítico superior, resultan netamente destacados los dos *grupos fundamentales de la población peninsular* que habrán de ser el punto de partida para la evolución ulterior y que la evolución cultural y los movimientos del mesolítico no harán sino precisar y acentuar: *el del norte franco-cantábrico* con una variedad portuguesa y *el del sur y sureste*, en el que, a pesar de los elementos auriñacienses y solutreo-magdalenenses, debió acabar por dominar el elemento capsiose. La antropología, de la que se tratará luego, contribuye sin duda a reafirmar estas conclusiones.

6. Mesolítico

El punto de partida de la evolución ulterior del poblamiento de España, de carácter indígena, se halla en esos dos grupos del norte y del este de España.

En el mesolítico el grupo de Levante parece extenderse ocupando grandes territorios del centro y oeste de la Península, siguiendo las cadenas de montañas en sentido occidental, según acusa la propagación del *arte rupestre esquemático* por la zona de las Batuecas en la provincia de Salamanca, luego por Beira y Tras os Montes en Portugal, y más tardíamente en el norte

de España, especialmente en Galicia, en donde perdura largo tiempo con caracteres especiales.¹⁰

El grupo de Sierra Morena con sus grandes núcleos en su parte oriental (provincia de Jaén y Ciudad Real), sigue hacia Extremadura, y por el sistema orográfico penibético sigue el arte esquemático en las sierras del sur de la provincia de Málaga y se prolonga hasta el sur de la de Cádiz (laguna de la Janda). Este arte rupestre esquemático arranca del expresionista del paleolítico, en sus primeras etapas representadas sobre todo en la laguna de la Janda y en las Batuecas, así como en la zona portuguesa limítrofe con la Extremadura española (Val de Junco al noreste de Arronches en la región de Portalegre). Entonces parece también, como el arte paleolítico, tener como finalidad la magia de caza, que sigue hasta las representaciones esquemáticas, en las que poco a poco se ha ido introduciendo la magia funeraria, con el predominio consiguiente de las representaciones humanas y con los signos de forma ininterpretable que dominan en las últimas etapas ligadas con las manifestaciones de este arte en las losas de los sepulcros megalíticos, incluso los de la época eneolítica más avanzada.¹¹ Con ellos pasa también a las zonas del norte de la Península (cultura pirenaica), en las que antes no hubo arte esquemático. En un cierto momento aparecen en las representaciones del arte neolítico figuras humanas tirando del cabestro de ciertos animales (¿caballos?), de Los Canforros (San Lorenzo, provincia de Jaén), en Sierra Morena, que parecen dar testimonio de la domesticación de los animales. A través de todo ello se sigue la continuidad de población a través del neolítico hasta las épocas avanzadas del eneolítico, que va transformando poco a poco su manera de vivir y su cultura, de acuerdo con las circunstancias de los nuevos tiempos. Seguramente en las zonas montañosas altas y en las mesetas interiores de España, los cambios climáticos del mesolítico no afectaron tanto la vida de las gen-

tes allí situadas, persistiendo el ambiente geográfico y económico anterior que se modificaba más lentamente que en las costas de clima más cálido, y esto explica que mientras en las últimas hubo una regresión cultural impuesta por la extinción de la caza y la dificultad de encontrar la subsistencia, las zonas interiores pudieron soportar la continuidad de la población, que sólo poco a poco fué transformando su antigua cultura.

En la zona norte de España, al aziliense de tipo epipaleolítico sigue la cultura *asturiense*, que aparece en concheros a la entrada de las cuevas en Asturias, con sus típicos cantos rodados con punta o “picos”. Contemporánea del “clima optimum” del mesolítico (que en las estaciones asturientes indica la abundancia de “trochus”, molusco de aguas calientes), es paralela del tiempo del mar de litorinas del Báltico, que en cierto modo representa un tipo de cultura “protoneolítica”. El asturiense evoluciona paralelamente en Galicia, en Asturias, Santander y el país vasco, y en Portugal, sobre todo en su parte norte, aunque hoy parece que debió llegar incluso al valle del Tajo (región de Almeirim, al noroeste de Muge), coincidiendo allí con la extensión de la cultura de tradición capsense del sur de España por la zona costera meridional. En el país vasco llega a su parte francesa (Biarritz) y en la parte española (Santimamiñe) ofrece algunas particularidades. Este asturiense del norte de España parece tener ciertas relaciones con el mesolítico de Bretaña (Er-Yoh en el Morbihan y La Torche en Finisterre) y con hallazgos de Irlanda. Una variedad asturiense la representa la *cultura del Montgri* en el noroeste de Cataluña. Parece propia de la población paleolítica del norte que ha quedado aislada en sus montañas y a la que el cambio de condiciones climáticas ha obligado a cambiar de manera de vivir, volviendo a la recolección y reducida a alimentarse de moluscos (zona cantábrica) y principiando la do-

mesticación de animales de modo rudimentario (Montgrí). Con ello cambia casi totalmente su utillaje, volviendo a renacer tradiciones muy primitivas, con el canto rodado tallado a manera de hacha de mano, junto con útiles de hueso, supervivencias del paleolítico superior. Serpa Pinto ha llegado a creer que esta cultura tiene su origen en Portugal, en donde a veces se ha llegado a creer que en su parte norte debió existir una supervivencia marginal de la población del paleolítico inferior y de su utillaje, tratándose de relacionar el canto rodado con punta asturiense con las antiguas hachas de mano.¹²

La regresión a una etapa de recolectores de la población mesolítica la comprueba también otra estación encontrada en el sur de Cataluña y que a pesar de su utillaje poco típico parece más o menos relacionada con la del asturiense y de su extensión en el Montgrí, aunque allí no aparecen los cantos rodados con punta, pero sí cantos utilizados como utensilios. Es la cueva del Solá del Pep (Hospitalet, costa del sur de la provincia de Tarragona)¹³ ocupada también por comedores de moluscos, entre los cuales figura el “*trochus turbinatus*”. Es de notar que los *trochus* (*lineatus*) son característicos del asturiense cantábrico. La cueva del Solá del Pep representa la población miserable del mesolítico de Cataluña, lo mismo que algunas estaciones con sílex muy pobres de talla acusan un fenómeno paralelo en el interior de Cataluña y que pueden también corresponder al mesolítico (Les Planes en el Molar y la parte superior del taller del abrigo de Sant Gregori en Falset, ambas en la provincia de Tarragona) y los hallazgos de sílex cerca de la roca pintada de Cogul en la de Lérida, en la que también aparecen las pinturas esquemáticas, así como la continuación de esta cultura pobre puede reconocerse en los abrigos del Matarraña (Mazaleón, Alcañiz, Fabara y Fayón) en los límites de las provincias de Teruel y Zaragoza, de fecha incierta, pero en todo caso anteriores al pleno desarrollo neolítico.¹⁴

En el sur de España, aunque se conozca mal, debió existir un foco de cultura mesolítica que sigue la evolución del capsense africano, como lo demuestra la estratigrafía de la cueva del Hoyo de la Mina,¹⁵ en donde por encima del nivel con tipos del capsense típico aparece uno mesolítico con los microlitos del capsense superior, acompañados de moluscos entre los que existe el trochus, lo mismo que en los demás yacimientos mesolíticos españoles. Este foco mesolítico del sur de España debió ser más o menos paralelo del otro foco que encontramos en el valle del Tajo, en donde hoy ese grupo, según los últimos descubrimientos, parece coincidir con una extensión meridional de la cultura de tipo asturiense encontrada algo más al noreste de Muge, en los alrededores de Almeirim.¹⁶

El sur de Portugal (Muge en el valle del Tajo) recibió grupos de población capsense final con industria microlítica, en relación probablemente con el sur de España y el norte de África. Este capsense final parece seguir hasta bastante tarde, siendo uno de los elementos constitutivos del neolítico portugués. Así parece indicarlo la sucesión de tipos de los concheros portugueses. En ellos¹⁷ parece haber una primera etapa, que puede corresponder a la de comienzo del asturiense, y posiblemente ser de la época de la cultura de los bosques (maglemosense) del mesolítico, inmediatamente posterior al aziliense, que constituye una gran subdivisión del mesolítico y extenderse de 6,800 a 5,000 a. de J. C.: esta primera etapa la representa el conchero de Amoreira en Muge y se caracteriza por la elevación de las playas a un nivel más alto que el actual, por el clima caliente y húmedo y los microlitos en forma de triángulo alargado, con raros trapecios, muy parecidos a los del oasis de Négrine en el norte del Sahara (capsense final), semejantes a la etapa sauveterriense de Francia. Una segunda etapa, la del conchero de Arruda, con clima húmedo y muy caliente, subtropical casi, con la aparición en sus moluscos de los mismos meji-

llones que figuran en la segunda etapa del asturicense y con trapezios parecidos al sauveterriense avanzado de Le Martinet y Montbani: esta etapa parece corresponder al clima óptimo y a la primera mitad de la cultura de Erteboelle en los concheros bálticos (5,000-4,000). Finalmente, en un período que corresponde acaso al de la solidificación de los concheros del asturicense cantábrico en el valle de Otta, con los microlitos trapezoidales aparece ya una hacha pulimentada en la sepultura del Vale das Lages. Representa la transición a la cultura neolítica (4,000-3,000), contemporánea con la segunda mitad de la cultura de Erteboelle en el norte de Europa, con la avanzada evolución del sauveterriense francés (Le Cuzoul en Gramat, Lot) y con el tardenoisense avanzado de Bélgica y Holanda. La cultura neolítica primitiva representada por la sepultura del Vale das Lages no es muy distinta de la que se encuentra en los primeros sepulcros megalíticos del norte de Portugal (Alvão) y de los alrededores de Lisboa (Pedra dos Mouros en Bellas), entre otros.

Esta cultura o un grado de transición semejante hacia el neolítico la representa no lejos de Muge, en Alemquer, la sepultura del Monte do Pedrogal, con sílex muy pobres (raspadores y hojita microlítica) y fragmentos de cerámica tosca.¹⁸

Los *movimientos de pueblos del principio del mesolítico* parecen haber afectado el este de España, llevando a Francia el capsense final que se encuentra muy puro encima de la capa aziliense de la Grotte de la Crouzade cerca de Narbona. Sigue propagándose hacia el norte (“sauveterrien”) y ocupa grandes zonas del occidente de Europa, evolucionando a través del “tardenoisense” propiamente dicho hasta entrar también en el norte de Francia como uno de los elementos constitutivos del neolítico avanzado. Aunque se ha querido a menudo poner el mesolítico de tipo microlítico del occidente en relación con otras culturas europeas (supervivencia de la cultura de La Gra-

vette del este de Europa) y que en el comienzo del mesolítico hay una tendencia general hacia la evolución microlítica, lo cierto es que, tanto en España como en el principio de la evolución, en Francia (La Crouzade: “les plus africains des silex français”, como dijo Cartailhac) la identidad con el capsense final africano es absoluta, habiendo dejado éste sentir su influencia también en el sur de España (capa mesolítica de la cueva del Hoyo de la Mina de Málaga). Por ello su propagación partiendo de la Península ibérica parece deducirse lógicamente. El sedimento capsense debió ser muy fuerte, en todo el sur y sureste de España, continuando la tradición microlítica capsense, no sólo en el neolítico portugués, como ya se ha dicho, sino en la cultura de Almería hasta muy tarde, propagándose con ella hacia el norte hasta Cataluña, en donde, en cambio, del paso de los capsenses en el mesolítico no debió quedar gran rastro, pues el elemento microlítico no aparece en el asturiense del Montgrí.

La población española, en el mesolítico, debía formar todavía grupos bastante dispersos y de poca densidad, con grandes zonas desiertas entre ellos. Los grupos humanos españoles, entonces, debían ser muy poco homogéneos desde un punto de vista racial y tendrían sin duda caracteres muy fluctuantes e imprecisos. Sobre esta base, en los tiempos siguientes neo-eneolíticos, al crecer y arraigar en sus territorios los antiguos grupos mesolíticos, con el desarrollo de la agricultura y la ocupación de las zonas desérticas, fueron constituyéndose y organizándose los grupos fundamentales de los pueblos indígenas de España, así como fijándose sus caracteres.

7. *La antropología*

La antropología, aunque es todavía muy mal conocida para los períodos aludidos, confirma indiciariamente lo que se ha dicho. Además de los *restos neandertaloides* de Bañolas y Gi-

braltar y de los pocos restos del paleolítico superior cantábrico (*cráneo "cromagnonoide"* de Camargo), y de Levante (cráneo femenino con afinidades cromagnonoides de la cueva del Parpalló), las semejanzas del arte levantino con el de Africa permiten acaso pensar en una población parecida a la africana del norte y del este en donde, con tipos muy avanzados de "homo sapiens", relacionados con posibles prototipos de las razas posteriores mediterráneas y camitas, se encuentran caracteres "negroidas" y aun "bosquimanos". Hasta el territorio de los últimos se extienden las pinturas semejantes a las levantinas españolas. A veces se han comparado las representaciones humanas con esteatopigia de éstas a la esteatopigia bosquimana. En el mesolítico español conocemos los esqueletos del capsense final de *Muge* que, a pesar de la tendencia reciente de Valois de agruparlos con la raza de Cro-Magnon y de negar o reducir la braquicefalia de algunos cráneos, en realidad representan una población mezclada de dolicocefalos y braquicefalos más o menos acusados, en los que pueden persistir caracteres de razas paleolíticas semejantes a las europeas del auriñaciense (Combe-Capelle), pero con indudables elementos negroidas y pigmoidas.¹⁹ Así hay que imaginarse la población capsense del paleolítico. En realidad, en la de las culturas neolíticas de derivación capsense en Africa o en la cultura de las cuevas española, análoga, la mezcla de elementos antropológicos es muy parecida a la de Muge. De esta población, todavía no constituida definitivamente en el aspecto racial, con sus raíces en el norte de Africa y recogiendo supervivencias del paleolítico superior europeo (en el que a su vez debían recogerse también evoluciones y supervivencias que tienen su raíz en el paleolítico inferior), se constituyeron y se afinaron, en el neolítico, grupos paralelos de las razas mediterráneas del Atlas y de las penínsulas del Mediterráneo occidental, mientras, por otro lado, se precisaban los caracteres de los grupos de las regiones marginales del Atlas, del Sahara y del Sudán que dieron ori-

gen a los distintos pueblos camitas. De éstos, una de sus infiltraciones septentrionales llegó a España con la cultura neolítica de Almería, predominando luego en el sureste de España (después de absorber la población derivada de la del paleolítico superior y del mesolítico que contenía elementos capsioses junto con otros diversos) y representando, como veremos, el germen de los iberos históricos.

NOTAS

1 Para lo referente al paleolítico y al mesolítico, de los cuales hoy tenemos muchos materiales nuevos que obligan a considerar nuevos puntos de vista, ver sobre todo Pericot, *Historia de España*, vol. I. También Obermaier en Obermaier-García Bellido, *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad*. Sobre puntos especiales también los siguientes trabajos: Pérez de Barradas, *Nuevas investigaciones sobre el yacimiento de San Isidro* (Madrid), (“Archivo Español de Arqueología”, Madrid, 1941, Núm. 43, pp. 277-303) y, del mismo, *Nuevos estudios sobre prehistoria madrileña*, I, *La Colección Bento* (“Anuario de Prehistoria Madrileña”, IV-VI, 1933-35, p. I y ss.), en donde (en las pp. 54 y ss.) se da el actual estado del problema de la climatología, estratigrafía (completado en este punto por el trabajo anteriormente citado) y de las culturas paleolíticas de la zona del Manzanares, revisándose y modificándose las conclusiones de trabajos anteriores. También: Conde de la Vega del Sella, *Las cuevas de la Riera y Balmori* (“Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas”, 1930); Siret, *Classification du Paléolithique Supérieur dans le SE. de l’Espagne* (“XV Congrès International d’Anthropologie et d’Archéologie préhistoriques et IV session de l’Institut International d’Anthropologie”, Portugal, 1930), (París, 1931); L. Pericot, *Las excavaciones de la cueva del Parpalló* (“Investigación y Progreso”, VII, 1933); E. Jiménez Navarro, *Nueva estación parpallense* (“Anales del Centro de Cultura Valenciana”, 1935); Obermaier, *Das Capsien-Problem* (“Germania”, XVIII, 1934, pp. 160 y ss.); S. Vilaseca, *L’estació-taller de S. Gregori (Falset)*, (*Baix Priorat*), (“Memorias de la Academia de Ciencias de Barcelona”, 1934.)

El profesor Pericot acaba de publicar su obra monumental sobre la Cueva del Parpalló: *La cueva del Parpalló (Gandia)*, (Madrid, 1942, edición del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Diego Velázquez), que no nos ha sido posible consultar por la dificultad, en las presentes circunstancias, de obtener un ejemplar de ella. Un breve resumen de sus conclusiones lo da A. A. Mendes Corrêa en su recensión de “Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnografia”, vol. x, *Porto*, 1942, pp. 81-82.

2 O. Jessen, *Nuevas investigaciones sobre el estrecho de Gibraltar* (“Investigación y Progreso”, Madrid, 1929, pp. 2-3).

3 Obermaier siempre había colocado las series arqueológicas del paleolítico más tarde que en el sistema actual de Breuil, que parece seguro y en el que el abbeviliense o chelense se coloca en el primer interglaciar Günz-Mindel. Obermaier retrasaba el abbeviliense hasta el segundo interglaciar Mindel-Riss; sin embargo, en su último libro parece inclinarse a adoptar el sistema de Breuil. Pérez de Barradas en su estudio citado (*Nuevos estudios de prehistoria madrileña*, 1), establece la correlación de los períodos, de acuerdo con el sistema de Breuil, con la estratigrafía del Manzanares. Para el sistema cronológico actual del paleolítico inferior europeo ver el último trabajo de Breuil que da su más reciente punto de vista: *The Pleistocene succession in the Somme valley* (“Proceedings of the Prehistoric Society”, London, v, 1939, p. 33). Los anteriores trabajos que conservan actualidad son: Breuil, *La Préhistoire (Leçon d'ouverture au Collège de France)*, (“Revue des cours et conférences”, 30-XII-1929, París, 1930); Breuil-Kosłowski, *Etudes de stratigraphie paléolithique dans la France, la Belgique et l'Angleterre* (“L'Anthropologie”, xli, 1931, p. 449 y xli, 1932, pp. 27 y 291); Breuil, *Le Clactonien et sa place dans la chronologie paléolithique* (“Bulletin de la Société Préhistorique de France”, Núm. 4, 1930) y Breuil, *Les industries à éclats du Paléolithique Ancien*, 1. *Le Clactonien* (“Préhistoire”, 1, 1932, p. 125). Ver también Ch. Hawkes, *The prehistoric foundations of Europe* (Londres, 1940).

4 Pérez de Barradas, *loc. cit.* Para el estado actual de la prehistoria norte africana, ver: F. R. Wulsin, *The prehistoric archaeology of Northwest Africa* (“Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology”, Harvard University, xix, 1, Cambridge, Mass., 1941); Vaufray, *L'art rupestre nord-africain* (“Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine”, Mem. 20, París, 1939). Hoy parece probable que el ateriense se

desarrolla en el paleolítico superior con posibles raíces en la evolución del acheuleo-musteriense del norte de África, a fines del que se forma el esbaikiense derivado de una facies local acheulense. El ateriense posiblemente ocupa todo el paleolítico superior en ciertas regiones, como el Sahara y quién sabe si también en la costa de Argelia y Marruecos. El ibero-mauritano de África hoy se tiende a llamarlo “oraniense” (*ob. cit.* de Vaufrey y Wulsin). Es una facies local de la costa de Marruecos, Argelia y Túnez, paralela del capsense superior, aunque puede tener sus orígenes en el verdadero paleolítico superior, contemporáneo del capsense antiguo o “típico” y relacionarse con la evolución local del ateriense.

5 Para las cuestiones relacionadas con la clasificación vigente hoy del paleolítico superior europeo: Breuil, *Les Subdivisions du Paléolithique Supérieur et leur Signification* (2ª edición del trabajo publicado anteriormente en el *Compte-rendu del “Congrès d’Anthropologie et d’Archéologie Préhistoriques”*, Ginebra, 1912), (París, 1937); Miss D. Garrod, *The Upper Paléolithic in the Light of Recent Discovery* (“*Proceedings of the Prehistoric Society*”, London, IV, 1, p. 1 y ss.); Hawkes, *The prehistoric foundation of Europe*, citado.

6 Obermaier, *Das Capsien-Problem*, citado. También: Vaufrey, *Notes sur le Capsien* (“*L’Anthropologie*”, 1933, pp. 457 y ss.); Vaufrey, *L’art rupestre nord-africain* (“*Archives de l’Institut de Paléontologie Humaine*”, Mem. 20. París, 1939); *ob. cit.* de Wulsin. También Obermaier-Bellido, *El origen del hombre prehistórico*.

7 Creemos innecesario citar la bibliografía especial sobre el arte rupestre que se halla en las obras de Obermaier (*El hombre fósil*, 2ª ed.) y de Obermaier-García Bellido (*El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad*). Sólo mencionaremos el trabajo de conjunto (ya incompleto) de J. Cabré, *El arte rupestre en España* (Madrid, 1915); la nueva publicación de las pinturas de Altamira: E. Breuil y H. Obermaier, *La Cueva de Altamira en Santillana del Mar* (Madrid, 1935, publicación de la Academia de la Historia); la publicación de los grabados de las cuevas de La Hoz y Los Casares en la provincia de Guadalajara: J. y E. Cabré, *Las Cuevas de los Casares y de la Hoz* (“*Archivo Español de Arte y Arqueología*”, 1934, pp. 225-254), (ver también “*Illustrated London News*”, mayo 25 de 1935) y los últimos estudios de Obermaier, *Nouvelles études sur l’art rupestre du Levant espagnol* (“*L’Anthropologie*”, 1937) y *Probleme der paläolithischen Malerei Ostspaniens* (“*Quartär*”, Berlín, 1, 1938), y J. B. Porcar, H. Ober-

maier y E. Breuil, *Excavaciones en la cueva Remigia (Castellón)* (Madrid, 1935).

8 Obermaier, en Obermaier y García Bellido, *El hombre prehistórico*, p. 117. Pinturas rupestres africanas de estilo idéntico en general al expresionista del Levante español que constituyen, en opinión de Obermaier, “un grupo cerrado que nada tiene que ver con las manifestaciones artísticas de la edad neolítica del Atlas sahariense. Este grupo lo integran las pinturas rupestres de estilo naturalista del Oued Bou Aluan, cerca de Kerakda; las de Telezzharen, junto a Mursuk, y las de la gruta de In-Ezzan, al sur de Rhat, ambas en el Fezzan; así como las del oasis de Ouenat, al sur del oasis de Kufra (Trípoli)... Debe buscarse en Africa Menor un tercero y nuevo centro de arte diluvial, con lo cual, probablemente, las más antiguas capas pictóricas de las citadas localidades saharianas pertenecerían a una antigüedad glaciár”. Seguramente algunas de las pinturas del Oued Djerat del Tassili des Ajjers en la zona fronteriza entre Túnez y Tripolitania pertenecen a este grupo: ver M. Reygasse, *Gravures et peintures rupestres du Tassili des Ajjers* (“L’Anthropologie”, 1935, pp. 534 y ss.), así como otras del Oued Mertoutek en el Hoggar: ver F. R. Wulsin, *The prehistoric archaeology of Northwest Africa* (“Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology”, Harvard University, vol. XIX, Núm. 1, Cambridge, Mass., 1941). Ver también L. Frobenius, H. Breuil, *L’Afrique* (“Cahiers d’Art”, v, París, 1930) y Frobenius-Obermaier, *Hádschra Máktuba* (Munich, 1925), lám. 118 (pinturas del Oued-bou-Alouan, cerca de Kerakda en el Atlas sahariano)

9 Poco a poco parece aclararse el problema de las culturas paleolíticas y del arte rupestre del sur de Africa, resultando una positiva conexión con las del norte africano. Desgraciadamente se conoce bastante bien sólo el norte de Africa, el este (Kenya y región de los lagos), Rodesia, el Zambezi, y el sur (Transvaal, Orange, Unión Sudafricana). Menos conocido es el Congo, Guinea, Somalilandia y Abisinia, así como la costa del este de Africa, y casi desconocido el Sudán. Con todo, las líneas generales del proceso evolutivo resultan bastante claras ya. El hecho decisivo parece ser la formación de un gran complejo emparentado con el capsiano en la última etapa del paleolítico y en él debió aclimatarse ya entonces el arte rupestre emparentado con el levantino español. Mientras se extinguían las culturas de hachas de mano propiamente dichas (como las de Stellenbosch y Fauresmith del sur de Africa), parece haber persistido largo tiempo una cultura de raíces acheuleo-levallouisienses de manera marginal, de la que salió el llamado

“Middle stone age complex” del sur de Africa y la cultura de Stillbay que, con distintas modalidades y nombres, es conocida desde Kenya y la región de los lagos hasta la colonia del Cabo, perdurando largo tiempo a través del mesolítico y aun hasta más tarde en las zonas extremas (Stillbay, Bambata o Stillbay de Rodesia Smithfield). La cultura de Stillbay parece vivificada por influencias muy antiguas del complejo capsense y poco a poco es transformada o substituída por la cultura de Wilton que desde Kenya llega hasta el sur de Africa, en donde persiste largo tiempo (hasta tiempos modernos). Al margen de las culturas de Stillbay y de Wilton, en la zona del Congo y vecinas (penetrando hasta Kenya y Nigeria), se desarrolla bastante tarde (¿tercer milenario?) la cultura de Tumba, que también persistió largo tiempo, así como en el segundo milenario aparece en Kenya la cultura de Gumba con elementos neolíticos e influencias egipcias indirectas (las perlas de vidrio como las de Tell-el-Amarna que tuvieron gran difusión también en el Mediterráneo y en el occidente de Europa: ver el capítulo siguiente).

En este cuadro hay que discutir el arte rupestre centro y sur africano, que desde el enlace de la zona del Tibesti y del Sudán (las regiones todavía más desconocidas), pasó y arraigó fuertemente en Kenya y la región de los lagos, Rodesia, el Zambezi, y la Unión Sudafricana. Parece que en Kenya, en donde desapareció antes que en otras regiones más meridionales, debió estar relacionado con las culturas derivadas o influídas por el complejo capsense (Stillbay, Magosi, Elmenteita, Wilton). En Rodesia parece seguro que sus comienzos, por lo menos, están relacionados con la cultura de Bambata en la que se hace sentir sobre el complejo de raíz levalloisiense una influencia del capsense, acaso a través del mesolítico. En esta cultura de Bambata (o propiamente la de Stillbay de Rodesia) parece haber verdaderas conexiones entre los estratos arqueológicos y los estilos más antiguos de las pinturas, como ha demostrado Armstrong. En el territorio de Tanganika, probablemente la misma cultura de Stillbay y más tarde la de Wilton estuvo, asimismo, asociada con las pinturas rupestres, que en la Unión Sudafricana parecen deberse al mismo pueblo de la cultura de Wilton, cuyas últimas etapas se asocian con los bosquimanos. En cambio hay otro grupo de grabados rupestres, que en el Estado de Orange parecen relacionarse con la cultura de Smithfield y que ofrecen caracteres distintos de las pinturas y, en cambio, son muy semejantes a los grabados saharienses del norte de Africa, en opinión de Breuil, habiéndose encontrado por algunos relaciones entre los artefactos de la cultura de Smithfield con ciertas industrias de Egipto. Posiblemente, después de una corriente cultural introducida por los pueblos derivados del complejo capsense con las pinturas semejantes a las del Levante español, que arraiga-

ron en los vecinos pueblos de la cultura de Bambata-Stillbay y que se extendieron con la cultura de Wilton, llegó otra corriente de cultura, formada cuando ya en época neolítica se habían desarrollado los grabados saharienses, que fué a parar en el sur de Africa a la cultura de Smithfield. Un punto de enlace entre estos dos grupos de arte parecen darlo los grabados del desierto líbico del Djebel Ouenat, en su parte sur y al occidente de Nubia. Ver sobre el arte rupestre del este y sur de Africa sobre todo L. S. B. Leakey, *Stone age in Africa* (Oxford, 1936) y también la obra citada de Wulsin, *The prehistoric archaeology of Northwest Africa* (Djebel Ouenat en el desierto líbico). Ver también Breuil, *The palaeolithic art of North-East Spain and the art of the Bushmen: a comparison* ("Man", septiembre de 1930).

10 Para el arte post-paleolítico de España ver la publicación monumental de Breuil, *Les peintures rupestres schématiques de la péninsule ibérique*, 1-IV ("Fondation Singer-Polignac", París, 1933-1935), y el volumen anterior: Breuil-Burkitt, *Rock paintings of Southern Andalusia* (Oxford, University Press). Ver también para Portugal: J. dos S. Júnior, *Arte rupestre (Comunicação apresentada ao I Congresso do mundo português*, Porto, 1942) y para Galicia: Sobrino Buhigas, *Corpus Petroglyphorum Gallaeciae* (Santiago, publicación del "Seminario de Estudios Gallegos").

11 En la adopción del arte rupestre por el pueblo de los sepulcros megalíticos portugueses, pasa a éstos no sólo la etapa ya decididamente esquemática, sino una etapa semi-naturalista parecida a la de algunas figuras de cacerías. Ver las de la Orca dos Juncais (Castam, al norte de Viseu, Beira), en J. dos Santos Júnior, *Arte rupestre* (Porto, 1942), figs. 7 y 8 y también en G. Leisaner, *Die Malereien des Dolmen Pedra coberta* ("IPEK", Berlín, 1934, vol. IX, p. 32). Es interesante que la mayoría de los sepulcros megalíticos con pinturas o grabados análogos a los del arte rupestre post-paleolítico se hallan en el norte de Portugal (Tras-os Montes, entre Douro Minho, Douro, Beira); sólo más al sur se halla el dolmen de la Pedra dos Mouros (Belas, en la región de Lisboa) y el dolmen do Freixo (Evora). Este hecho se corresponde con la extensión de la cultura de las cuevas en Portugal que también ocupa el norte y el este hasta el nivel de Lisboa, al oeste de las estribaciones de la Serra da Estrela.

12 Las últimas publicaciones sobre el asturiense: Conde de la Vega del Sella, *Las cuevas de la Riera y Balmori* ("Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas", 1930); Id. *Asturienses, capsienses y vascos* ("Homenagem a Martins Sarmiento", Guimarães, 1933, p.

405); Jalhay, *Uma nova hipótese sobre a utilização da indústria lítica asturiana* (“Homenagem a Martins Sarmento”, p. 145); Jalhay, en *Congrès International des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques*, Londres, 1932, p. 95; R. de Serpa Pinto, *Observations sur l’asturien du Portugal* (“V Congrès International d’Archéologie”, Alger, 1930, Alger, 1933); J. R. dos Santos Júnior, *Nova estação asturiana da fez do Cavado Gandra* (“Comunicação ao I Congresso do mundo português”, Lisboa, 1940); Fernando Russell Cortez, *Novos achados líticos nas áreas do Castelo do Queijo e da Ervilha* (“Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnologia”, x, 1942, pp. 33 y ss.) Para la extensión de los tipos asturianos en el valle del Tajo, en una zona próxima a los concheros de Muge, en Almeirim: M. A. Mendes Corrêa, *Novas estações líticas em Muge* (“Memória apresentada ao I Congresso do mundo português”, Lisboa, 1940).

Sobre los hallazgos asturianos del Montgrí: M. Pallarés y L. Pericot, *Els jaciments asturians del Montgrí* (“Anuari del Institut d’Estudis Catalans”, vii, 1921-26, p. 27, Crónica).

13 S. Vilaseca, *La Cova del Solá del Peç de l’Hospitalet del Infant (terme de Vandellós)*. (“Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya”, 1938.)

14 Sobre Sant Gregori la publicación citada antes de Vilaseca. Sobre Les Planes del Molar: Vilaseca, *La indústria del sílex a Catalunya, Les estacions tallers del Priorat i extensions* (Reus, 1936), pp. 40-42, y en la p. 111-112 del mismo trabajo menciona las estaciones de Mazaleón, Alcañiz, Fabara y Fayón. Los sílex de Cogul en Bosch-Colominas, *Pintures i gravats rupestres* (“Anuari del Institut d’Estudis Catalans”, vii, 1921-26, p. 20, figs. 30-40, Crónica).

15 M. Such, *Avance al estudio de la caverna del Hoyo de la Mina en Málaga* (“Boletín de la Sociedad Malagueña de Ciencias”, 1920).

16 A. A. Mendes Corrêa, *Novas estações líticas em Muge* (“Memória apresentada ao I Congresso do mundo português”, Lisboa, 1940).

17 A. A. Mendes Corrêa, *Les nouvelles fouilles à Muge* (“Compte-rendu du XV Congrès International d’Anthropologie Préhistorique et Vème. session de l’Institut International d’Anthropologie”, París, 1931); Id. *Novos elementos para a cronologia dos concheiros de Muge* (“Anais da Faculdade de Ciências de Porto”, xviii, 1934); A. A. Mendes Corrêa, *Novas estações*

líticas em Muge (“Memória apresentada ao I Congresso do mundo português”, Lisboa, 1940).

18 A. A. Mendes Corrêa, *A sepultura do Vale das Lages e os eolitos de Ota* (“Butlletí e la Associació Catalana d’Antropologia, Etnologia i Prehistòria”, III, 1925, pp. 117 y ss.); Leopoldina F. Paulo, *Restos humanos do Monte do Pedregal* (“Comunicação apresentada ao I Congresso do mundo português”, Lisboa, 1940).

19 Además de los estudios anteriores de Mendes Corrêa, valorados por nosotros al tratar de la antropología de Muge en *Etnología de la Península ibérica*, pp. 34-37, los últimos estudios del profesor portugués *Les nouvelles fouilles à Muge* (Portugal) citado, en donde discute las conclusiones de Valois en su estudio de *L’Anthropologie*, 1930, pp. 337-389, así como del mismo Mendes Corrêa, *Anthropologie et Préhistoire du Portugal* (“Bulletin des études portugaises”, fasc. I, Lisboa, 1941) y Alfredo Ataíde, *Novos esqueletos humanos dos concheiros mesolíticos de Muge* (“Comunicação apresentada ao I Congresso do mundo português”, Lisboa, 1941). Ver también Coon, *The races of Europe* (Nueva York, 1939, pp. 63-64), quien se muestra escéptico en cuanto a la posibilidad de determinar los caracteres raciales de los hombres de Muge, aunque ve posible la semejanza con los natufienses de Palestina y un origen inmediato en África. Después de los recientes hallazgos africanos (hombres de Mechtá el Arbi pertenecientes al capsiano superior y hombres de Afalu del oraniense) creeríamos deber insistir en muchos de nuestros puntos de vista consignados en la *Etnología de la Península ibérica*, considerando a los hombres de Muge como relacionados con dichas razas africanas, en las cuales también aparecen caracteres arcaicos que a menudo se han comparado con la raza de Combe Capelle. Probablemente se trata de supervivencias de rasgos en relación con toda la evolución antropológica durante el paleolítico superior en Europa y en África, que parte de una base muy primitiva, sin que todavía haya cristalizado en la formación de razas definidas que no debió tener lugar sino después del mesolítico. En todo caso los hombres de Muge pueden seguir considerándose como representativos de la antropología del capsiano y de sus relaciones, e indudablemente jugaron un papel importante en la evolución antropológica del neolítico de la Península ibérica.